

no dichas (1). Varios parlamentos prohibieron el extremo de invitar al rey á usar de sus derechos sobre el Condado.

LIBRO SETIMO.

(NONAGÉSIMO SEGUNDO.)

Estado de la Religion católica en los países de mision.

LA Europa ha fijado ya no poco tiempo nuestra atención, porque en realidad los acontecimientos mas importantes para la Religion se desarrollaban sobre este imponente y triste teatro; pero el Salvador destinó su Evangelio á todas las naciones, no hay parte alguna del universo que este Evangelio no esté llamado á ilustrar y fecundar. Emprendamos, pues, una peregrinacion en torno del mundo para reconocer los progresos y beneficios de la Religion de Jesucristo, por todas las partes, á donde con el auxilio de datos históricos nos sea posible penetrar. Echemos una rápida ojeada sobre la vasta estension del globo: no hay region por remota que sea, no hay una nacion por separada que se encuentre de las demas, sea en el Antiguo ó en el Nuevo Mundo, donde no haya penetrado mas ó menos la influencia de las ideas que caracterizan al siglo XVIII. Luego volveremos á traer nuestra atención sobre los diversos Estados de Europa, en los que haremos ver una actividad, unas miras, unas empresas, una política enteramente nuevas y una fermentacion general cuyos efectos se han desarrollado en todos los géneros. Por de

(1) Pombal, Choiseul y Aranda, etc., p. 84-85.

pronto, el Asia y las demas regiones de Oriente, cuna feliz del cristianismo, van á ser el objeto de nuestras meditaciones.

Entre los pueblos del Asia, cuya situacion importa mas conocer, porque sus intereses se hallan alguna vez mezclados con los de las naciones europeas, figura en primer término el imperio Otomano. Esta potencia, tan formidable en otros tiempos, se ha ido debilitando y viniendo á menos á cada nuevo reinado por los reveses que sucesivamente ha sufrido en cuantas guerras sostuvo contra los persas, los rusos, los imperiales, los polacos y los venecianos. Cada tratado de paz le costaba algunas provincias, ó cuando menos algunas plazas importantes á la seguridad de sus fronteras; de modo que su dominacion se ha ido reduciendo de dia en dia á limites mas estrechos, á medida que á sus espensas se ha ido ensanchando por todos lados la de sus vecinos.

La causa principal de esta decadencia, provenia tanto de su constitucion política y naturaleza de gobierno, como de la condicion afeminada y voluptuosa de los príncipes que llegaban á la soberanía, de las variaciones continuas é inestabilidad de gabinetes, de la ambicion, orgullo é incapacidad de la mayor parte de los que improvisadamente ascendian

á los primeros puestos y caian de ellos con igual precipitacion sin poder preveer ni averiguar la causa de su desgracia; provenia tambien del capricho é indisciplina de la terrible milicia de los jenizaros y spahis, tan repetidas veces funesta á sus mismos amos, y finalmente, de la inconstancia del pueblo, siempre fiel á la raza otomana, pero rara vez adicto al príncipe que le gobierna, cuyas buenas ó malas cualidades casi nunca le son conocidas. Añádase á todas esas causas el abuso del poder absoluto, casi siempre opresivo en manos de los que lo ejercen á merced de sus pasiones; la falta de miras y de plan uniforme en el manejo de los negocios, las preocupaciones y embrutecimiento del pueblo, naturales consecuencias de una falsa religion; y en vista de todos esos elementos desorganizadores, nadie se admirará de que una potencia, que aun á principios del siglo XVIII amenazaba á la Europa, hubiese decaido tan rápidamente de su antiguo esplendor y caminase visiblemente á su ruina.

Comparando los principios de destruccion que corroen el interior de ese imperio, con los planes de engrandecimiento que de tiempo atrás meditan los Estados vecinos, y que no se descuidan en ir llevando á cabo todas las veces que la combinacion de circunstancias les proporciona ocasion, se vé que su decadencia es tan rápida y tan marcada, que podria casi anunciarse como próximo el tiempo en que nada le quedará de lo que aun posee en Europa, y que aun en el Asia misma se verá acaso reducida á limites muy estrechos; al Oriente por los rusos y al Mediodia por las frecuentes insurrecciones de los pequeños soberanos que con varios pretextos devastan la Siria, el Egipto y las demas regiones del Africa. Los tratados de 1736 para Europa y de 1746 para el Asia parecen haber sido el término de sus prosperidades: por lo menos es cierto que desde estas dos épocas todas las empresas de la Puerta otomana le han salido

mal, ó por mal concertadas, ó por mal sostenidas.

En vano los turcos vieron á un célebre apóstata llevarles el socorro de su valor y experiencia militar: el horror que les inspiraba aquel tráfuga que habia renegado de Jesucristo, les impidió utilizar sus talentos. Claudio Alejandro, conde de Bonneval, que es de quien hablamos, oriundo de una antigua familia de Limosin, se dedicó desde muy jóven al servicio de las armas, y se distinguió en Italia á las órdenes de Catinat y de Vendome. Hubiera llegado á los primeros empleos del ejército, si algunos disgustos no le hubiesen comprometido á dejar en 1706 su patria para pasar al servicio del emperador. El ministro Chamillart le hizo condenar en 24 de enero de 1707 á ser decapitado. Habiendo el emperador declarado en 1716 guerra al gran señor, el conde de Bonneval participó de las victorias del príncipe Eugenio contra los turcos, dando pruebas de valor en la batalla de Peterwaradin. Era entonces mayor general del ejército, y hallándose al frente de doscientos hombres de su regimiento, se vió rodeado de un numeroso cuerpo de jenizaros, contra quienes se batió con una intrepidez verdaderamente asombrosa, hasta que habiendo recibido una lanzada fué derribado al suelo y pisado por los caballos. En el acto sus soldados formaron en su derredor una muralla, y batiéndose con admirable denuedo consiguieron poner en fuga al enemigo. Solo diez de aquellos valientes, que no sucumbieron en tan desigual combate, cogieron en hombros á su general, y le condujeron en triunfo al ejército victorioso, donde á resultas de accion tan brillante fué nombrado á poco tiempo teniente feld-mariscal. Por desgracia el valor y talentos del conde de Bonneval estaban acompañados de orgullo, de indiscrecion y de cierta ligereza satírica que le hizo perder la amistad del príncipe Eugenio. Hallándose en los Países-Bajos en 1720 se le antojó pedir públicamente satisfaccion al mar-

qués de Prié, gobernador de una de aquellas provincias, por ciertas palabras ofensivas que el marqués había dicho contra la reina de España. El emperador, protegiendo el carácter público que el ofendido gozaba, aunque apreciase el mérito del agresor, le despojó de todos sus empleos, y hasta le condenó á cinco años de prisión; pena que hubiera sido reducida á un arresto de veinte y cuatro horas, si el altivo y fogoso conde francés se hubiera sometido. Pero en lugar de obedecer, redobló su primera falta enviando un cartel de desafío al mismo príncipe Eugenio: en seguida se escapó á Venecia, y de aquí pasó á Turquía y abrazó el mahometismo, llegando á ser bajá de tres cólas de Rumelia, general de artillería y por último ascendió á la dignidad militar denominada entre los turcos *topigi-buchi*. Su intencion era poner sobre un pie regular todas las milicias del imperio Otomano. Con ese objeto enseñó á un cuerpo de ejército, que le fué confiado, los ejercicios y evoluciones de los ejércitos europeos y el modo de usar y sacar buen partido de la artillería familiarizando entre los turcos los instrumentos propios de esta arma. Tales innovaciones produjeron alguna inquietud en la corte de Rusia; mas no se pasó mucho tiempo sin que el mismo Bonneval, conocido en Turquía con el nombre de Acmet-Baja, encontrase en la condicion del pais obstáculos insuperables: el sultan temió una revolucion general, y el moderno Xantipo se halló sin apoyo. Aunque, como ya se ha dicho, se vió empleado en el servicio activo en 1739, nunca pasó el favor que le dispensó la Puerta Otomana de los honores y consideraciones que se guardan con un hombre cuyo talento se aprecia, pero de cuya buena fé se sospecha. Este desgraciado murió en 22 de marzo de 1747 á la edad de setenta y dos años. En Pera se ve aun hoy su sepulcro en un cementerio de derviches, junto al palacio de Suecia. En la losa se lee esta inscripcion en caracte-

res turcos: «Dios es eterno: Dios, siempre grande y glorioso entre los verdaderos creyentes, de paz al difunto Acmet-Baja, general de los artilleros! Año de la égrá 1160 (1747).» El conde de Bonneval tuvo de una de sus mugeres turcas un hijo, que por de pronto tomó el título de conde de La Tour, y luego se llamó Soliman-Agá y sucedió á su padre en el empleo de *topigi-bachi*. Tal fué el destino de este hombre, que en el fondo no tenia mas de mahometano que de cristiano, y que por su apostasia era digno de haber nacido en el siglo XVIII.

Nuestras reflexiones sobre la decadencia del poder otomano, nos llevan á examinar cuál era el estado de la Religion cristiana en los paises sometidos á su dominacion. Pero considerando que el fijar la atencion en cada una de sus provincias seria una tarea muy larga, nos concretaremos á la capital, y segun el favor ú odio que allí viéremos mostrar hácia el cristianismo podrá juzgarse de la proteccion ó persecuciones de que era blanco en los demas puntos del imperio.

En Constantinopla el número de cristianos era prodigioso. No se hablaba nada menos que de doscientos mil griegos y ochenta mil armenios establecidos en la ciudad, sin comprender en esta suma los que iban y venian incesantemente atraidos por el interés de pretensiones ó especulaciones mercantiles. Nada puede dar una idea mas exacta de la multitud de habitantes de Constantinopla que los tiempos de mortandad: contábase á veces doscientas y hasta trescientas mil personas arrebatadas por la peste: formábase este cálculo por el número de cadáveres que se sacaban á enterrar fuera de las puertas de la ciudad, y hay que advertir que de allí á pocas semanas apenas se conocia que la poblacion hubiese sufrido una mengua tan considerable.

Las casas de los embajadores de los príncipes cristianos y los comerciantes de sus naciones forman la porcion mas distinguida de

los cristianos francos. En la suma de católicos que hemos indicado, hay que incluir las numerosas tripulaciones de los buques cristianos, y cuatro ó cinco mil esclavos que sirven en la marina turca, ó están encerrados en la mazmorra del gran señor, y mas de veinte mil diseminados en las diversas casas de particulares. Los jesuitas podian socorrer fácilmente á esta poblacion tan numerosa, por la buena localidad de su casa situada casi en el centro de Galata, inmediata á la marina y al paso de todo cuanto entraba ó salia del puerto. Su templo era considerado como el mas hermoso y singular de toda la Turquía. Las columnas que sostenian el vestibulo, y la balaustrada que lo coronaba y se iba estendiendo á lo largo de la escalera, eran de mármol blanco. El cuerpo del templo estaba embovedado con su cúpula cubierta de plomo, que es privilegio esclusivo de las mezquitas. La nave estaba decorada con algunos sepulcros de embajadores de Francia y con el de la jóven princesa Tekeli. El sepulcro de su madre la princesa Ragotzki, casada en segundas nupcias con el príncipe Tekeli, estaba en una capilla separada. Esta devota y valerosa princesa murió en Nicomedia, y mientras permaneció en esta ciudad fué asistida por los jesuitas, que consideraron como un deber el seguir prestándole los servicios que le habian dispensado durante muchos años en Constantinopla. Aprovechando esta circunstancia, dieron tambien principio en Nicomedia á una pequeña mision, que fué interrumpida por la muerte de la princesa, porque estas misiones aisladas no son practicables en las inmediaciones de Constantinopla, no habiendo algun plausible motivo que las favorezca.

Aunque en los barrios de Galata y Pera sea considerable el número de griegos, sin embargo, todas las personas de distincion y categoria de entre ellos, habitan en la ciudad imperial mas allá del puerto, ó sea en el recinto propiamente llamado Constantinopla, y

los mas ilustres de estos residen en la demarcacion llamada el Patriarcado ó el Fanal. Formase por lo regular una idea magnífica de la magestad del patriarca de la nueva Roma. «La primera vez que fui á visitarle, dice el P. Tarillon (1), me causó gran sorpresa ver la estremada sencillez de su habitacion y servicio. Su habitacion es pobre, ó mejor dicho, carece de lo necesario. Su servicio consiste en dos criados, bastante mal vestidos, y en dos ó tres clérigos. Cuando sale de casa para sus visitas particulares, siempre es á pie: sus vestidos en nada se diferencian de los que gastan los demas religiosos griegos. Solamente se le distingue en que siempre va acompañado de algunos prelados vestidos tan sencillamente como él, y de algunos eclesiásticos que le rodean. Su mayor distincion consiste en ir precedido de un diácono ó sacerdote que lleva una especie de báculo ó cayado de madera, adornado de embutidos de marfil y nácar. Yo le he visto no pocas veces presentarse aun con mucha mas sencillez, sin mas comitiva que dos ó tres personas. A pesar de esto, toma sin cumplimientos el título de patriarca universal, y es preciso llamarle, no Santísimo Padre, sino el Santísimo (*panosiotatos*). Del mismo modo, cuando los griegos hablan de los demas prelados, no dicen como nosotros el arzobispo ú obispo, sino el santo de tal ó cual ciudad, como por ejemplo, el *santo de Heraclea*, el *santo de Calcedonia*, etc.» Las buenas relaciones que los jesuitas habian sabido mantener con el patriarca y los demas prelados griegos predisponian al pueblo á oirles. Los griegos enviaban con mucho gusto sus hijos á las intrucciones y escuelas de los jesuitas. Sin embargo, no es en Constantinopla donde hay que esperar las grandes y numerosas conversiones de los cismáticos.

(1) Carta de 14 de marzo de 1714 al conde de Pontchartrain.

cos de esta nacion. La vista, aunque triste y humillante, de los restos de su antigua grandeza, les llena la cabeza de pretensiones y de ideas altaneras que les inspiran indocilidad y pedantería. Diríase que esta gran ciudad con todo el poder que encierra era todavía suya. Aunque ya no entienden á sus Santos Padres, y se separan cada dia mas de su doctrina ó la desfiguran con lamentables esplicaciones, les cuesta mucho, sin embargo, sufrir que los occidentales la entiendan mejor que ellos, y vayan desde tan lejos á esplicarles su verdadero sentido. Uno de sus buenos ingenios, hombre muy honrado, solia decir con bastante gracia, que los griegos, para convertirse sólidamente, necesitaban verse pobres y humillados. « Dios que nos conoce, proseguia diciendo, y quiere nuestra salvacion, nos hace marchar por este camino hace mas de trescientos años. Nuestras glorias y riquezas pasadas han causado nuestra perdicion, y es muy de temer que el humo que nos ha quedado en la cabeza acaba de consumir nuestra ruina. »

Los armenios tampoco son mas ilustrados ni van por mejor camino que los griegos; pero tienen infinitamente mas docilidad y mas deseos de aprender. A principios del siglo XVIII, contaban en su seno treinta ó cuarenta familias de las mas distinguidas, cuyo fervor era digno de los primitivos tiempos de la Iglesia. Permítasenos recordar aquí el edificante espectáculo que un católico de esta nacion, de edad de 22 años, dió en 1739 á toda la ciudad de Constantinopla. Este jóven se habia entregado en una broma con sus amigos á la intemperancia del vino; sus compañeros de disolucion se aprovecharon del estado de embriaguez en que lo veian para comprometerle á abrazar el mahometismo y á tomar el turbante. Cuando los vapores del vino se disiparon, y pudo el jóven recobrar su razon, concibió el mas vivo arrepentimiento; pero fué en vano, pues una vez adoptado el mahometismo y tomado el turbante no es posible retroceder. El pesar y la

vergüenza de haber podido cometer un atentado tan criminal, le tuvieron oculto mas de dos meses sin atreverse á comparecer en público. Finalmente, no pudiendo resistir los remordimientos, vino á dar cuenta al P. Lecamus del profundo dolor que le inspiraba su crimen y á buscar un remedio que pudiera mitigarlo. Este P. jesuita le aconsejó que se marchara del pais, y hasta se ofreció á facilitarle recursos para hacerlo. El jóven respondió que hacia mucho tiempo que hubiera tomado aquella resolucion, si su fuga pudiese remediar el escándalo que con su torpeza habia dado; pero que habiendo presenciado toda la ciudad su apostasia, debia tambien necesariamente ser testigo de su penitencia: que él se hallaba determinado á dejar el turbante y el vestido turco; que desde aquel momento seria considerado como desertor de mahometismo, y que infaliblemente le condenarian á morir, y que su muerte sufrida con paciencia por semejante causa seria una expiacion del crimen y repararia perfectamente el escándalo que habia tenido la desgracia de dar. El P. Lecamus creyó deber examinar si esta resolucion era efecto de un pasagero movimiento de fervor: representóle que Dios no exigia tanto de él y se contentaria con su arrepentimiento y penitencia; que el esponerse de aquel modo acaso no seria mas que tentarle; que la muerte no es tan terrible vista de lejos como de cerca; que acaso podria sufrirla siendo tranquila y apacible, pero que tal vez le faltaria la fuerza y el valor en medio de largos y crueles suplicios. El armenio le escuchó con tranquilidad, y cuando el Padre cesó de hablar, le suplicó que oyera su confesion y que le administrase la Sagrada Eucaristia, porque solo esta gracia esperaba para ir á declarar sus sentimientos. Acabada la confesion, el Padre le presentó el crucifijo, que el armenio besó derramando un torrente de lágrimas. El Padre le dió en seguida algunos consejos, no sobre el modo con que habia

de contestar al ser interrogado jurídicamente, porque esto el Señor se encargaria de inspirárselo; sino sobre la manera con que debia espresarse, esto es, con modestia, y sin dejar escapar una palabra de que los turcos pudieran darse por ofendidos. Así que recibió la comunión y concluyó su accion de gracias, salió de la casa de los jesuitas vestido á lo armenio, que era el traje con que siempre habia comparecido ante el Padre, dejando antes de entrar en la casa el vestido mahometano; precaucion enteramente necesaria, pues si se hubiese probado que los jesuitas trabajaban en la conversion de un turco, la mision habria sido arruinada completamente y el colegio de los jesuitas hubiera sido confiscado ó convertido en mezquita. De allí se fué el armenio en derechura al *bezestan* que es una especie de mercado muy hermoso donde se reúnen los comerciantes: no tardó en arreglar todos sus negocios, pues sus compatriotas católicos, encantados y edificados con la resolucion que habia tomado, le perdonaron sin entrar en mas esplicaciones todo lo que les debía, y él por su parte hizo otro tanto con sus acreedores. Los mercaderes turcos, sea por amistad, sea por compasion que su juventud les inspiraba, hicieron cuanto les fué posible para disuadirle de su propósito, ó al menos para escitarle á que se mantuviera oculto. El jóven respondió á unos y á otros con ademan modesto y tono lleno de resolucion, que la mayor dicha á que aspiraba era la de morir por la Religion santa que habia tenido la desgracia de abandonar. Algunos soldados de la guardia que pasaban por aquel sitio y oyeron la conversacion, le descargaron en la cabeza seis ó siete garrotazos que le bañaron en sangre y en seguida le condujeron á la prision, en la cual entró con tales demostraciones de alegria que llenaron de admiracion á todos los presos. Púsose en oracion hasta la noche, y antes de entregarse un poco al sueño pidió por favor á un armenio, que estaba de-

tenido por deudas, que le despertase á una hora convenida para orar. Al dia siguiente le visitaron varios turcos, y alternativamente hicieron uso de promesas y amenazas á fin de hacerle variar; pero todos recibieron la misma respuesta. El *agá* de la prision, viendo que no habia ninguna esperanza de persuadirle, le hizo llevar al divan del gran visir. Este ministro, movido de su juventud y amable fisonomia, le prometió empleos y una considerable pensión si consentia en variar de ideas. El armenio le agradeció sus ofrecimientos y le respondió, que los favores con que queria colmarle, no le librarian de los eternos suplicios que le esperaban en el caso de morir fuera del gremio de la Iglesia católica. El ministro, insistiendo con mas firmeza que nunca, tomó un tono mas absoluto y le dijo que si no obedecia prontamente, iba á condenarle á muerte. « Esa es la única gracia que os pido, replicó el jóven, y el mayor favor que me podeis dispensar en este mundo. » Entones el visir hizo señal de que le cortaran la cabeza, y fué conducido al lugar del patíbulo. Habiéndose encontrado á su paso al salir del serrallo con el gran señor que iba acompañado del jefe de los eunucos, este se aproximó al jóven armenio, y le hizo de parte del príncipe promesas mucho mas magníficas que las del gran visir; pero estas promesas no produjeron mas resultado que poner mas en evidencia el valor del jóven, y proporcionarle el honor de confesar á Jesucristo en presencia del sultán. Aunque lo llevaban cargado de cadenas, halló modo de sacar el rosario y de irlo rezando durante todo el tránsito: en su rostro se veía pintada la alegria que inundaba su corazon. Así que llegó á la gran puerta del serrallo que era el lugar destinado para su suplicio, se puso de rodillas, hizo la señal de la cruz, y levantando sus ojos al cielo, sin manifestar la menor conmocion recibió un solo golpe que le cortó la cabeza. Su cadáver permaneció, segun costumbre, espuesto en la calle: todos los cató-